



Patriotismo y cosmopolitismo en los procesos democráticos de Martha Nussbaum

Patriotism and Cosmopolitanism in
the Democratic Processes of Martha
Nussbaum

FREDY FERNÁNDEZ MÁRQUEZ

Estudios de Maestría en Filosofía Moral por la New York Socials y candidato a doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente se desempeña como profesor en la Fundación Universitaria Luis Amigó. Medellín-Colombia. Correo electrónico: fredy.fernandezma@amigo.edu.co

Recibido:
1 de septiembre de 2011
Aprobado:
2 de diciembre de 2011



Resumen

El texto pretende una reflexión sobre el tema de la relación entre patriotismo y cosmopolitismo, partiendo de las posiciones de la filósofa Martha Nussbaum. Para esta autora esta relación debe mostrarse en el campo de lo educativo en tanto campo de la formación del nuevo ciudadano, que para el caso de la educación norteamericana está afectado de altos índices de provincialismo y desconocimiento de otras culturas y sociedades. El ciudadano cosmopolita es presentado en su referencia a la tradición filosófica, particularmente, su procedencia cínica y estoica. En el contexto de estas escuelas de pensamiento, la ciudadanía local y mundial debían articularse así como, piensa Nussbaum, hoy se debe, igualmente, actuar localmente y pensar globalmente. Se abordan discusiones y debates con otros filósofos contemporáneos, que disienten del planteamiento de Nussbaum, tales como Rorty, Walzer y Gutman. Ésta última enfatizando los valores de una educación democrática y humanista.

Palabras clave:

Cosmopolitismo, nacionalismo, ciudadanía, multiculturalismo, filosofía política.

Abstract

This paper pretends to reflect on the relation between patriotism and cosmopolitanism, having as touchstone the perspectives of the philosopher Martha Nussbaum. According to the perspectives of this author, this relationship should be exhibited in the field of education (thinking of it as the field of preparing new citizens), which, in the case of North American education, is affected by high rates of provincialism and ignorance of the different cultures and societies. The cosmopolitan citizen is represented in its own reference to the philosophical tradition, particularly, its cynical and stoic origins. In the context of these schools of thought, local and worldwide citizenships should be articulated; this idea is then related to the one of Martha Nussbaum who thinks that nowadays we have to act locally and think globally at the same time. Discussions and debates with other contemporary philosophers who disagree with the philosophical account of Nussbaum such as Rorty, Walzer and Gutman, who highlights the values of a democratic and humanist education, are also considered in the paper.

Key words:

Cosmopolitanism; nationalism; citizenship; multiculturalism; political philosophy.

Introducción

Patriotismo y cosmopolitismo: dos conceptos de índole democrática, que hacen parte de la concepción política del ciudadano universal. Son puestos en la escena del análisis y el debate por la filósofa norteamericana Nussbaum. Ella enfoca los dos conceptos desde los ámbitos ético y moral, proyectados desde allí hacia lo educativo y lo ciudadano –la civilidad-, buscando siempre con ello la formación de ciudadanos y sociedades con una identidad propias; con sentido de pertenencia y compromiso hacia las instituciones democráticas, que son a la vez, el fundamento ético-político para la educación de ciudadanos patriotas y cosmopolitas, potenciando, finalmente con ello, una ciudadanía mundial, en donde los sujetos que la conformen se identifiquen como ciudadanos del mundo.

Cuando se escribe sobre tópicos de carácter democráticos, en los cuales existen especialistas de toda índole, el debate, la controversia, la objeción y los “enfrentamientos” académicos, serán inevitables. Por tanto, partiendo del texto de Nussbaum, *Patriotismo y cosmopolitismo*, el presente artículo buscará develar los puntos, tanto de encuentro como de distanciamiento, entre la autora y algunos de sus colegas norteamericanos, dado que, dichos conceptos, de una gran carga polisémica dentro de la cultura, han generado toda suerte de posiciones, frente a los procesos de orden político-democrático, en el interior de los Estados-Nación.

Cuando le preguntaron de dónde venía, respondió:

“Soy ciudadano del mundo” (Diógenes Laercio, Vida de Diógenes, el Cínico)

Inicialmente, es preciso esclarecer las premisas que plantea esta filósofa sobre los dos conceptos antes mencionados y en discusión: Patriotismo y Cosmopolitismo. Ante ello surge una pregunta de carácter obligado: ¿qué enfoque le ha dado Nussbaum a los dos conceptos desde los cuales se genera esta polémica?

En primera instancia, antepone a ellos, una “política del nacionalismo” que entra en relación con el ámbito educativo, esto es, plantea que, a partir de dicho nacionalismo político, se le otorgan concesiones al cosmopolitismo. Encuentra allí, en la educación, el eje fundamental para la enseñanza y apreciación de los valores que tienen que ver con la concepción de nación, la misma que requiere que se le dé un impulso al eje de los derechos humanos.

Nussbaum se hace los siguientes cuestionamientos en relación con la educación de los ciudadanos norteamericanos: “¿Basta con que nuestros estudiantes

aprendan que, por encima de todo, son ciudadanos de los Estados Unidos, aunque deben respetar los derechos humanos básicos de los ciudadanos de la India, Bolivia, Nigeria y Noruega?” (1999, p. 16). En este primer interrogante, deja ver que su concepción de cosmopolitismo, parte del hecho de que los ciudadanos estadounidenses ven y “comprenden” el mundo desde la óptica de sus vidas como habitantes de ese gran país, lo cual les conducirá a tener un cosmopolitismo empequeñecido. Ante esta suposición, ella se hace otra (s) pregunta(s) atinente(s), que conduce(n) a abrir el abanico de posibles respuestas y análisis. “¿Se les debería enseñar que, por encima de todo, son ciudadanos de los Estados Unidos, o más bien debería enseñárseles que, más allá de eso, son ciudadanos de un mundo de seres humanos y que, aunque ellos se encuentren situados en los Estados Unidos, tienen que compartir este mundo con los ciudadanos de otros países?” (p. 17). Interrogantes estos que permiten abrir el abanico de las discusiones y objeciones que generan sus concepciones, planteando cuatro argumentos en favor de lo que esta pensadora quiso denominar como “Educación cosmopolita”.

Previo a los cuatro argumentos, en favor de la “educación cosmopolita”, plantea una reseña histórica sobre el origen del cosmopolitismo, haciendo una interpretación apologética de los aportes del pensamiento de los estoicos a este concepto.

Se ha querido traer a consideración la respuesta que esgrimió Diógenes el Cínico cuando le preguntaron “de dónde venía”, a lo cual respondió: “Soy ciudadano del mundo” (Diógenes Laercio, 1995, p. 24). Al tomar como base la respuesta de Diógenes el Cínico, Nussbaum, hace comprender que el filósofo de Sínope, “se negaba a ser definido por sus orígenes locales y su pertenencia grupal, unos elementos que resultaban centrales para la imagen que, de sí mismo tenía el hombre griego tradicional” (1999, p. 17). Diógenes rompió desde el uso del lenguaje figurado, la imagen tradicional del hombre griego como sujeto que se veía a sí mismo como individuo local, con tendencia a lo universal. El filósofo quiso ir más allá del encasillamiento que le imponía su entorno griego a sus contemporáneos.

Oponiéndose a ese carácter local de nacionalismo, Diógenes, se concibió como hombre universal, a partir de unas aseveraciones y expectativas más globales, más universales. Para corroborar lo anterior, basta con afirmar que los estoicos fueron sus acérrimos seguidores, y como tal, desarrollaron y defendieron la concepción del “hombre universal”, -Kosmou polités-, argumentando que, cada individuo, habita dos mundos o comunidades: la comunidad local, en la que venimos a la existencia y, la comunidad de deliberación, es decir, aquella en la que las aspiraciones y esperanzas humanas nos determinan como sujetos de interacciones locales y

universales. En palabras de Séneca, ésta segunda comunidad “es verdaderamente grande y verdaderamente común, en la que no miramos esta esquina ni aquella, sino que medimos las fronteras de nuestra nación por el sol” (Nussbaum, 1999, p. 17). Para Nussbaum, de esta comunidad de deliberación emanan “nuestras obligaciones morales” (p. 17). A partir de éstas, los valores y códigos que conciernen a la moral, se convierten en principios esenciales a instaurar, defender; verbigracia, la justicia, la paz, la igualdad, la libertad, entre otros.

Si se cree, desde lo que plantea Nussbaum, que todo los seres humanos son considerados como conciudadanos y convecinos entre sí, entonces es preciso entender también que las decisiones comprenden, de igual manera, básica y fundamentalmente, los problemas humanos y decisiones de las otras personas, asumiéndolos como propias. Es aquí, donde empieza a bifurcarse la identidad nacional, local, es decir, el nacionalismo-patriotismo, del cosmopolitismo-universalismo, que son concepciones, un tanto relacionales, en la medida en que circunscriben principios humanos; pero que se distancian en las expectativas de la construcción de una identidad universal, como sujeto con aspiraciones que pretende el bienestar general, dentro del marco del utilitarismo.

Los estoicos, como buenos seguidores de Diógenes, eran conscientes de que al nacer, se está determinado a hacer parte de la comunidad local, pero ello no puede conducir a aceptar que las diferencias de clase, nacionalidad, raza, credos religiosos, político, o precisamente, de género, impongan fronteras y limitaciones entre las personas. Es de reconocer a la humanidad en cualquier espacio que ésta habite, concediéndole a sus componentes racionales, morales y éticos, toda la mayor lealtad y respeto.

Lo anterior no significa que los filósofos estoicos estuvieran en desacuerdo con la institucionalización de las formas de organización política locales y nacionales, en aras de la creación de un Estado mundial. De ninguna manera. Su pretensión fue, según Nussbaum, más radical, por lo tanto, “nuestra máxima lealtad no debe ser otorgada a ninguna mera forma de gobierno, ni a ningún poder temporal, sino a la comunidad moral constituida por la comunidad de todos los seres humanos” (p. 18). Con ello, la idea kantiana del “reino de los fines”, ejerce una función similar a la que preconiza la idea del “ciudadano del mundo” de Diógenes, una vez que se convierte en precursores y artífices para la inspiración, regulación y conservación de las conductas moral y política.

Para los estoicos, la buena educación, es la educación cívica, es decir, aquella que educa para la ciudadanía mundial, para la *civitas*, para la conformación de la

ciudad. Para alcanzarla, proponía tres elementos básicos: primero, el estudio de la humanidad en su conjunto, elemento valioso para el conocimiento de sí mismo y de los otros, en la medida en que, conociendo a los demás podemos percibirnos con mayor claridad, contrastando las circunstancias humanas con las de otros sujetos racionales.

El segundo elemento pasa a ser la deliberación de políticas que morigeren los “vicios” que causan las “malas acciones y las lealtades locales, a la vida política de un grupo” (p. 19). Los estoicos estaban convencidos que la deliberación política se veía a menudo permeada por las lealtades partidistas particulares, influenciando en los miembros de la esfera pública y por ende, en la propia nación. Todos los vicios generados, pueden ser evitados mediante la lealtad a la comunidad mundial de la justicia y el uso inteligente de la razón.

El tercer elemento, lo plantea Nussbaum, argumentado que, los estoicos, mantuvieron sólida la concepción política del *Kosmou polités* -el hombre cosmopolita, el hombre universal- porque la misma concepción “reconoce en las personas aquello que les es especialmente fundamental, lo que merece el mayor de los respetos y reconocimientos: sus aspiraciones a la justicia y al bien y sus capacidades de reconocimiento acerca de esta conexión” (p. 19). Fueron enfáticos los estoicos en sostener que el “ciudadano del mundo” no tiene porqué renunciar a sus identificaciones locales, que son, además de una gran fuente de riqueza cultural y vital, un valor agregado para la construcción de imaginarios colectivos locales y globales a la par, imaginarios que deben estar permeados y transversalizados por los “círculos concéntricos”, idea psicologista-funcionalista pertinente, propuesta por nuestra autora.

Tres son los círculos concéntricos que propone Nussbaum: el primero compuesto por el “yo”; el segundo, la propia familia y, el tercero, la familia extensa. Estos círculos están rodeados por otros, de mayor significado, el de la humanidad entera. El fin o propósito de todos los “círculos concéntricos” es para Nussbaum, de acuerdo con el pensamiento de uno de los filósofos estoicos, procurar que todos los seres humanos nos sean tan semejantes, que puedan ser asimilados como “nuestros conciudadanos, y así sucesivamente” (p. 20).

Nussbaum da a entender que los estoicos no estaban equivocados al proponer un “ciudadano del mundo” emanado de las circunstancias de la educación. Esta premisa, surgida del pensamiento de Diógenes el Cínico y seguida por los estoicos, es la que defiende la autora, cuando asevera que los ciudadanos estadounidenses pueden continuar considerándose a sí mismos como individuos definidos por sus

afectos particulares, a saber: sus familias, comunidades religiosas, étnicas, raciales, sexuales, o incluso de país. Pero lo que no pueden dejar de aprender y reconocer es que, la humanidad, en su conjunto, hace parte también de la suya, por extraña y ajeno que parezcan los rasgos y disfraces de ella. Los ciudadanos estadounidenses están convocados a aprender “cuanto sea preciso de lo que es diferente a ellos para reconocer los objetivos, aspiraciones y valores comunes, y también acerca de esos fines comunes para ver de cuán distintas formas se manifiestan en las diversas culturas y sus historias” (p. 20). Aquí es donde, la educación, entra a cumplir una función fundamental frente a la consolidación de la figura política, económica y filosófica de un “ciudadano del mundo”. Para afianzar esta acérrima creencia, Nussbaum trae como referencia a Marco Aurelio, con una de sus sentencias sobre educación cosmopolita, la cual reza así: “Acostúmbrate a prestar atención a lo que dice otra persona y, en la medida de lo posible, procura entrar en su mente” (citado en Nussbaum, 1999, p. 21). Y la complementa aduciendo que “primero hay que aprender muchas cosas antes de poder juzgar la acción de otro con conocimiento” (p. 21). Para Marco Aurelio, dicho ejercicio le sirvió para llevar a feliz término sus propias obligaciones diarias, en su rol de emperador. Obligaciones que le exigían a la vez, el estudio y comprensión de todas las culturas y civilizaciones remotas, ignotas para él en su mayoría, como por ejemplo, la de los sármatas.

A Nussbaum, la idea de observar el cómo la educación podría consolidar la concepción cosmopolita del buen ciudadano del mundo la desvela como propuesta académica. Y es evidente en su texto la propuesta de un posible proyecto que lleve a la escena de lo real, la praxis de unos currículos que transversalicen los diversos niveles y ámbitos de la existencia humana. Propone para ello cuatro argumentos para hacer de la ciudadanía mundial, por encima de la democracia o nacional, el punto álgido de la educación cívica, de la *civitas educare*. Los argumentos esgrimidos son como siguen:

El primer argumento versa, precisamente, sobre el ámbito educativo y lo denomina: “*La educación cosmopolita nos permite aprender más acerca de nosotros mismos*”.

Casi podría decirse que una educación cosmopolita estaría emparentada con la filosofía económica del fenómeno de la globalización, el cual tiene en el eslogan “*Think global, act local*” –piense de manera global, actúe de manera local–, la razón de ser y la justificación de la internacionalización de la economía y las ideologías que la sustentan y defienden. Luego, una educación cosmopolita tendría la noble intención de proyectarse hacia todos los ámbitos posibles, rompiendo todas las barreras a las que se pueda enfrentar, y entendiendo que las fronteras nacionales son relevantes y están por encima de las fronteras universales.

Nussbaum centra todos sus argumentos en desentrañar los sofismas de la cultura estadounidense frente a la visión que tienen sus ciudadanos sobre el mundo exterior, concretamente, sobre los demás ciudadanos del mundo. Señala cómo los estadounidenses son depositarios de una crasa ignorancia ante el mundo y lo manifiesta de la siguiente manera: “La ignorancia de nuestra nación en cuanto se refiere a la mayor parte del resto del mundo es apabullante. En mi opinión esto significa también que, en muchos e importantes aspectos, son ignorante respecto de sí misma” (p. 22). Con esta referencia de la filósofa, se puede inferir especulativamente, que pareciera como si los norteamericanos trascurrieran su existencia dentro de una burbuja de vidrio, en la que pueden mirarse a sí mismos y darse cuenta que existen, con todas las ventajas, oportunidades y calidad de vida posibles, que disfrutan, pero que también les permite ver que fuera de ellos hay otros mundos, pero sólo los miran, sin interesarse por conocer cómo son esos otros mundos, porque sus fronteras nacionales los mantienen limitados para el conocimiento de los otros. Podría pensarse también que la sociedad norteamericana va en contracorriente del principio de la globalización, puesto que la cultura de esa gran potencia tiene una visión de lo que es su país, pero desconoce lo que hay fuera de sus narices.

Así, alguien podría objetar esta aseveración, argumentando desde la pregunta: ¿Cómo puede ir en contracorriente de la globalización los Estados Unidos si es la potencia más globalizada del universo?, pero debe entenderse que dicho fenómeno no es sólo económico, sino también político, cultural e ideológico, entre otros.

Una educación cosmopolita está llamada a permitir la identificación del *modus vivendi* externos al propio, en aras de saber y comprender, “qué sucede en el resto del mundo y ver qué formas adoptan las familias, y cuáles son las estrategias de las que se sirven para cuidar de su prole” (p. 22). El hecho de entender que las familias biparentales, aquellas “en la que la madre se ocupa básicamente del cuidado del hogar y el padre de ganar el sustento, no es en modo alguno un estilo omnipresente en el mundo actual” (p. 22). Con este precedente pueden plantearse los siguientes interrogantes: ¿cuántos niños y niñas son ultrajados y violados por personas adultas, mientras sus padres generan el sustento por fuera de sus hogares?, ¿cuántas mujeres menores de edad son embarazadas cada año? Estos y otros interrogantes pueden ser evitados y eliminados de los contextos reales con unos currículos más pertinentes y más aterrizados de acuerdo con la identificación de necesidades y expectativas de los sujetos de la aldea global. Por eso, ante estas problemáticas, la propuesta de una educación cosmopolita, es para Nussbaum una necesidad apremiante, en aras de no aceptar como únicas, válidas y universales, además de “normales” y “naturales” las opciones que se conocen y que a diario se experimentan.

El segundo argumento lo llama así: “Avanzamos resolviendo problemas que requieren la cooperación internacional”. Este argumento puede entenderse –desde la visión de Nussbaum– como un llamado de atención y advertencia para los Estados-Nación, haciéndoles caer en la cuenta de que los problemas siempre deben ser solucionados con la ayuda de los otros, recurriendo a la cooperación de otros Estados, para que los ciudadanos en general, pero básicamente los niños y niñas, aprendan “a reconocer que, nos guste o no, vivimos en un mundo en el que los destinos de las naciones están estrictamente relacionados entre sí en cuanto se refiere a las materias primas básicas y a la supervivencia misma” (p. 23).

Problemáticas como la contaminación del aire, por parte de las naciones industrializadas, son un hecho evidente y sin precedentes en la historia, como también lo será, tarde o temprano, el hecho de que las naciones en vías de desarrollo contaminarán, de igual forma, el aire de las naciones industrializadas. Por ende, los problemas comunes del planeta deben ser solucionados mediante deliberaciones inteligentes en conjunto. Por lo tanto, “sea cual fuere la explicación que finalmente adoptemos sobre estas cuestiones, cualquier deliberación que se precie de inteligente sobre la ecología requiere una planificación global, y el reconocimiento de un futuro compartido” (p. 23). Esta especie de diálogo y acuerdo global se consigue, primero, desde la premisa del conocimiento de las gentes de las naciones, de tal manera que, al establecer los diálogos con ellos, se tenga la capacidad de reconocer y respetar sus compromisos y tradiciones, y, segundo, mediante la revisión y retroalimentación de los currículos de las escuelas. He aquí la importancia de una educación cosmopolita para generar cambios significativos en los comportamientos y actitudes de los individuos.

El tercer argumento, Nussbaum lo ha nombrado así: “Reconocemos obligaciones morales con el resto del mundo que son reales y que de otro modo pasarían desapercibidas”. En este argumento se percibe la voz de reclamo de la filósofa ante sus colegas académicos, mediante el planteamiento del siguiente interrogante: “¿Cómo afrontaremos los estadounidenses el hecho de que es hartamente improbable que el alto nivel de vida del que disfrutamos se pueda universalizar, teniendo en cuenta los actuales costos del control de la contaminación y la situación actual de las naciones en vías de desarrollo, sin causar un desastre ecológico?” (p. 24). El interrogante retoma parte de la problemática enfocada en el argumento anterior, por cuanto aborda unos tópicos comunes a todos los ciudadanos del mundo: la ecología y el ecosistema sostenibles, afectados hoy por el fenómeno de la industrialización de las naciones. Ante el interrogante, Nussbaum deja planteada una inquietud que corresponde resolver a los gobernantes de Estados Unidos y a los ciudadanos en general, como nación superindustrializada y que arroja –ella sola–

el 25% de la contaminación del planeta. La educación de los estadounidenses está, según Nussbaum, distante de la moral kantiana, esto es, de aquel imperativo categórico que exhorta a obrar según una máxima que valga a la vez como ley universal, pues dice la autora que –refiriéndose a la educación de los norteamericanos–, “De otro modo, no hacemos sino educar una nación de hipócritas morales que hablan el lenguaje del universalismo pero cuyo universo, por el contrario, tiene un alcance restringido e interesado” (p. 24). Con esta afirmación se estaría corroborando el nombre que le asignó al tercer argumento, donde se afirma que se reconoce la obligación moral con el resto del mundo, pero pasan desapercibidas en el momento de tener que enfrentar los problemas que afectan al resto del mundo.

Para Nussbaum no está mal que los ciudadanos de un Estado cualquiera –en este caso Estados Unidos– se preocupen primero por resolver los problemas internos, y después, los de otros. Pero lo que sí estaría mal –según ella– es, promover unas políticas de corte internacional a las que se les daría poco o nulo cumplimiento. Por eso, hace énfasis en el hecho de impulsar una educación que conlleve a la formación de un ciudadano universal, cosmopolita, que se ocupe de lo suyo primeramente, pero que no descarte los problemas externos a él, que tarde o temprano terminarán afectándolo. Lo hace evidente cuando expresa lo siguiente: “Mi argumento lleva implícita la idea de que no deberíamos continuar nuestro pensamiento a nuestra propia esfera, que al tomar decisiones en asuntos políticos y económicos deberíamos tener en cuenta con mayor seriedad el derecho de otros seres humanos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad, y que deberíamos trabajar para adquirir el conocimiento que nos permitirá establecer un diálogo provechoso acerca de estos derechos” (p. 25).

El cuarto argumento está planteado así: “Elaboramos argumentos sólidos y coherentes basados en las distinciones que estamos dispuestos a defender”. En este argumento, Nussbaum hace una objeción teórica a los planteamientos de los filósofos como Rorty y Hackney, por cuanto defienden la idea de impulsar y defender unos valores compartidos, basados en la centralidad de una deliberación democrática a partir de tales valores, que pretenden generar la unidad nacional. Ante ello, Nussbaum se hace la siguiente reflexión: “¿Por qué estos valores, que nos instan a unir nuestras manos para traspasar las fronteras de la etnicidad, la clase, el género y la raza, pierden su fuerza cuando alcanzan las fronteras de la nación?” (p. 25). Interesante interrogante, que podría generar la discusión entre los académicos y los ciudadanos del común.

Aquí la objeción de Nussbaum apunta, específicamente, a mostrar que tanto dentro de la esfera de lo propio, como en la esfera de lo externo, los grupos de in-

dividuos son los mismos. No tiene por qué haber diferencia de ningún tipo entre los chinos que residen en su país y los que residen en Estados Unidos, y aduce: “¿Por qué tenemos que pensar que las personas nacidas en China son nuestros semejantes desde el momento en que habitan en un determinado lugar, como los Estados Unidos, pero no cuando habitan en otro, como China?” (p. 26).

Ante dicha pregunta y frente a una situación de tal magnitud, propone la alternativa de un respeto multicultural, contemplado dentro de la educación, de la escuela, como un elemento central en los currículos de las mismas.

Para Nussbaum, el patriotismo impulsado por Rorty y Hackney, no puede caer, según ella, en patrioterismo, y advierte que no ve en la argumentación de Rorty ninguna propuesta que permita alejarse de un peligro tan obvio como el patriotismo. Por lo tanto, su propuesta radica en la educación temprana de los niños y niñas que habitan en la nación norteamericana, para que puedan “traspasar las fronteras con su mente y su imaginación y tácitamente les estaremos dando el mensaje de que, en realidad, no creemos lo que les estamos diciendo” (p. 26). Esta última parte de la cita, lo dice, en el caso de que la educación no corresponda con dicho interés.

Finalmente, la propuesta de Nussbaum va en la dirección de defender la educación del hombre cosmopolita, que puede ser, con seguridad, el proceso más cercano a la concepción del ciudadano del mundo que esgrimía Diógenes el Cínico, pero alejándose de esa visión un poco, sin fundamentos filosóficos y culturales del filósofo de Sínope. Para Nussbaum, la educación del cosmopolita debe inculcar en el individuo el precedente de anteponer los intereses universales y colectivos, por encima del derecho a la patria. La razón universal del ciudadano cosmopolita no entraría así en choque con los intereses particulares.

Nussbaum y la crítica

Los puntos de encuentro y distanciamiento entre Nussbaum y algunos de sus colegas norteamericanos pasan a estar bosquejados como sigue. En primera instancia, está el análisis de la profesora Amy Gutman con respecto a Nussbaum. Para Gutman, antes que propender por una educación cosmopolita, es preferible el impulso de la enseñanza de los valores democráticos humanistas. Ante esta objeción hacia las ideas de Nussbaum, se pregunta:

¿En qué consisten los valores democráticos humanistas? Tales valores subsumen los derechos humanos básicos, pero también los trascienden en diversos sentidos moralmente relevantes. Todos los niños y niñas – sea cual fuere la etnia de la que proceden, su religión, género, raza o clase- deberían ser educados para deliberar juntos como ciudadanos libres e iguales en una democracia consagrada a fomentar la justicia social para todos los individuos, no sólo para los miembros de su propia sociedad (p. 84).

El punto de acercamiento entre Nussbaum y Gutman está en la concepción de la educación como alternativa para romper con esquemas tradicionales de democracia, enseñando a los niños y niñas a “respetar la dignidad de todos los individuos. Al propio tiempo, se les debe inculcar la conciencia de que son ciudadanos democráticos. Ambas, condiciones necesarias (y compatibles) para una democracia Justa” (p. 84).

Sin embargo, existe una objeción de Gutman en cuanto al proceso de la educación cosmopolita que propone Nussbaum, y está expresada en forma de pregunta: ¿cuál es la alternativa cosmopolita de Nussbaum? Enseñar a los estudiantes que su lealtad fundamental es la que deben a la comunidad de los seres humanos de todo el mundo. ¿Dónde está esa comunidad? Hay seres humanos en todo el mundo y tienen derecho a ser tratados como iguales, según los principios del derecho y de la justicia. Si esto es lo que Nussbaum entiende por comunidad, -continúa diciendo Gutman- coincide con la postura del humanista democrático. Sin embargo, si con ello se refiere a una comunidad que antepone sus pretensiones a esos derechos, una comunidad que exige a sus miembros respetar esas pretensiones, “por encima de todo” porque “por encima de todo” son ciudadanos del mundo, “entonces lo que hace es proponer una alternativa que deberíamos rechazar” (p. 87). Con esta objeción, Gutman le está diciendo a Nussbaum que tienen que ser ciudadanos del mundo y ciudadanos de la propia casa, de la propia sociedad, o de lo contrario, no seremos ninguna de las dos.

El otro colega de Nussbaum abordado aquí, es el filósofo Taylor, quien en su artículo “*Por qué la democracia necesita el patriotismo*”, coincide con gran parte de lo que propone Nussbaum, aunque hace una salvedad. Dice que Nussbaum propone una identidad cosmopolita como “alternativa al patriotismo” (p. 145); con lo cual dice, Taylor, comete un error, arguye que sin el patriotismo no se puede hacer nada. Es decir, lo pone como punto de partida, pues plantea que las sociedades que se intentan consolidar como libres, democráticas y justas, requieren de ciudadanos que se sientan identificados con ellas. Y ello se logra cuando se aprende a interiorizar, desde la misma casa, esto es, desde la propia nación, para proyectarlo hacia afuera.

Ello exige a la vez un alto compromiso de ayuda mutua. Por eso, el filósofo norteamericano es preciso cuando sustenta que “el patriotismo es tan necesario como el cosmopolitismo porque los Estados democráticos modernos son empresas comunes sumamente exigentes con su autogobierno” (p. 146). Finalmente, Taylor, manifiesta: “no sé si estoy en desacuerdo con Nussbaum o si simplemente me limito a situar su profundo y conmovedor alegato en un contexto algo distinto. Sin embargo, en mi opinión, este matiz es importante” (p. 147). Lo que sí puede notarse es que existen más puntos de acercamiento que de distanciamiento entre Taylor y Nussbaum.

El tercer y, último autor abordado, en contraste con Nussbaum, es Walzer. En su artículo “*Esféras de afecto*” comparte la posición de la filósofa norteamericana al respecto, defendiendo el proceso del ámbito educativo, es decir, sale a la defensa de la “educación cosmopolita”, pero encuentra que por no considerarse él, un “ciudadano del mundo”, ya que nadie se lo ha inculcado –dice- a la usanza de Diógenes, esté bastante distante ideológicamente, de la posición de Nussbaum. Aduce desconocer o prescindir de la validez o peso argumentativo que tengan los fundamentos de la filósofa, respecto a la pertinencia de una educación cosmopolita, que sería importante, según Walzer. Respecto a ella, es enfático cuando afirma que una educación cosmopolita será valiosa porque ayuda a ampliar los compromisos y obligaciones universales de los ciudadanos.

Finalmente, cree con convicción que la educación cosmopolita tiene su valía, pero la discusión “debe plantearse en otros términos” (p. 155), y también en perfiles de orden ético, económico y moral.

Al finalizar el texto, Nussbaum construye una réplica a la serie de críticas y disensos en torno a sus ideas, pero arguye, “Mucho antes de que los niños adquieran cualquier familiaridad con la idea de nación, o siquiera la de alguna religión específica, ya conocen el hambre y la soledad. Mucho antes de que se encuentren con el patriotismo, sabrán ya lo que es la muerte. Mucho antes de que interfiera la ideología, tendrán ya un conocimiento de la humanidad” (p. 172). Con lo cual exhorta a pensar siempre en beneficio del elemento más esencial del conocimiento: el ser humano.

Conclusiones

El cosmopolitismo puede considerarse como resultado de la práctica de ciertas políticas de nacionalismo que tienen como fundamento teórico los procesos de la

educación, cuyos ejes temáticos deben ser transversales, es decir, permeados por las distintas disciplinas –interdisciplinariedad– que conforman el conocimiento y la formación del ciudadano, particularmente de un ciudadano universalista, cosmopolita, en su pensar y actuar.

Ahora bien, el patriotismo como esencia de la democracia en construcción, apunta, esencialmente a la búsqueda del cosmopolitismo, cimentado en una educación que haga énfasis inicialmente en un patriotismo sólido. Con ello debe entenderse la formación de un sujeto cuya concepción de su entorno y su concepción del mundo le permitan considerarse un ciudadano universal, esto es, aquel que en cualquier parte del planeta se considere “ciudadano del mundo”, como lo dijera Diógenes el Cínico, pero sin olvidar que debe prescindir de sus orígenes locales y su pertenencia grupal.

Finalmente, la filósofa Nussbaum muestra con sus hipótesis la importancia y necesidad de la educación de un hombre cívico, de un hombre universal, entendiendo con ello la comprensión del ser humano en su complejidad; el establecimiento de políticas que ayuden a subsanar las malas acciones del hombre político, verbigracia, la corrupción; y la identificación y reconocimiento de la identidad, sin que ello implique el desconocer la concepción universal de ciudadano.

En síntesis, el ciudadano de hoy no puede darse el lujo de encerrarse en su propia burbuja de vidrio, observando desde adentro lo que pasa a su alrededor; el fenómeno de la aldea global no le permite hacerlo de esa manera.

Referencias

- Laercio, Diógenes. (1986). *Vidas de los más ilustres filósofos griegos. Vol. II*. Barcelona: Ediciones Orbis, Tomo 81.
- Nussbaum, M. (1999). *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y "ciudadanía mundial"*. Barcelona: Paidós, S.A. 1999.
- (1995). *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. La balsa de la medusa. Madrid: Visor.
- Taylor, Ch. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.